

Petre Ispirescu, Cuentos populares rumanos / Basme populare românești, prólogo de Dana Oprica, traducción de varios autores, Madrid, Ediciones Crusoe, 2013, 149 pp.

Nuria SÁNCHEZ MADRID
Universidad Complutense de Madrid

Esta publicación deriva del proyecto de traducción colectiva de una selección de relatos procedentes de la magna recopilación llevada a cabo en el siglo XIX por el folclorista rumano Petre Ispirescu (1830-1887). El trabajo ha sido realizado con rigor bajo la coordinación de la profesora del Instituto Cultural Rumano (ICR) de Madrid y colaboradora del Departamento de Filología Románica, Eslava y Lingüística General de la Universidad Complutense de Madrid, Dana Oprica, y en él han participado estudiantes de lengua y cultura rumanas, lo que anima a elogiar igualmente la incorporación de este tipo de actividades al estudio habitual de una lengua. Como experiencia traductológica y de acercamiento entre culturas, no cabe sino dirigir decididos parabienes a los miembros del equipo, que pone a disposición del público español, en las mejores condiciones lingüísticas, tres relatos representativos de la aportación de la literatura popular rumana a la historia de la literatura universal. Merece la pena destacar la valía intelectual del prólogo redactado por Virginia Oprea, así como la breve semblanza biográfica elaborada por Carlos Fernández de Pablo y el útil diccionario de personajes, realizado por Dana Oprica e Ignacio Sáenz del Cas-

tillo, que contribuye a orientar al lector en el alambicado mapa de las figuras y las funciones de los cuentos populares traducidos. No se trata de una obra que nazca con vocación de exhaustividad, sino que, por el contrario, ha elegido seleccionar cuidadosamente aquellos relatos, por un lado, más característicos del folclore rumano y, por otro, más propicios a la comparación con otras tradiciones literarias europeas. Sin embargo, el libro no acerca únicamente al lector español a un legado literario popular poco conocido entre nosotros, sino que también contribuye a valorar la figura admirable de Ispirescu, principal valedor de los mitos fundadores de la sociedad rumana y del lenguaje oral (14), dominante en la transmisión de los núcleos de sentido y los tópicos presentes en este tipo de escritos. Ispirescu insistió en identificar, recopilar y sistematizar los moldes narrativos asentados en la cultura popular rumana, dando después a conocer profusamente el resultado de su pesquisa. Su labor divulgativa es valoradora de todo el aprecio, aparte de coadyuvar a la formación de la unidad espiritual de una nación, tarea muy en consonancia con las peripecias políticas de la Europa del siglo XIX. En definitiva, su elaboración del archivo escrito de un apreciable patrimonio oral posee claras conexiones con la ideología política, histórica y social de la época, a saber, con la idea de que únicamente el recuerdo y conservación de las imágenes y tópicos formativos de un pueblo ofrecen índices de sentido perennes y fiables para dirigir su evolución. Los personajes de Greuceanu, el Príncipe Encantador y Práslea el valiente delinean el alma rumana, con su compleja relación con los límites de la vida y la muerte, la libertad y el destino, y con ello no hacen sino señalar cauces de comunicación con las inquietudes anímicas de todos los tiempos. Detengámonos brevemente en algunos de los aspectos literarios y lingüísticos de la excelente y fresca traducción que nos proporciona esta edición.

Tras una primera lectura de los tres relatos traducidos por el equipo de traducción que ha trabajado de manera sumamente cohesionada bajo la coordinación de Dana Oprica, surge en el lector atento una sugerencia, a saber, la invitación a someter a esos originales al examen estructuralista clásico dado a conocer por el especialista ruso Vladimir Propp (1895-1970), en su *Morfología del cuento* (1928).¹ En efecto, cada uno de los relatos suministra abundantes indicios de repeticiones y variaciones de módulos y funciones en torno a las que se estructura la trama narrativa. En todos ellos está presente una evidente lucha entre el bien (héroes, princesas y hadas) y el mal (dragones, brujas y arpías),

¹ Vladimir Propp. *Morfología del cuento*. Trad. F. Díez del Corral. Madrid: Akal, 1987.

que se disputan el poder sobre el mundo y los seres que lo habitan. Asimismo, las narraciones nos presentan a unos sujetos en busca de guía y dirección, como son los monarcas de los reinos anónimos –podría tratarse de cualquiera–, cuyo encuentro con personajes arrojados como Greuceanu y Práslea permite reordenar sus reinos y sus vidas. Los héroes de las tramas, quizás con la excepción del Príncipe Encantador del segundo relato, resultan ser unos auténticos mediadores que devuelven el mundo que les circunda a una jerarquía perdida y considerada como patrón ideal. El mundo vuelve a su ser gracias a la magistral intervención de ambos héroes. Son muchos los patrones repetidos en los relatos. En dos de ellos –*Greuceanu* y *Práslea el valiente*– predomina el modelo del robo y la restitución, mientras que en *Juventud sin vejez y vida sin muerte* destaca la idea de búsqueda de un don prometido, pero difícil de alcanzar. Los relatos de restitución –del sol y la luna robados por los dragones y de las manzanas de oro substraídas por los ogros– adoptan la forma respectivamente de un viaje horizontal y de una catábasis –o viaje vertical– que en ambos casos no transforman tanto a los héroes protagonistas, sino a quienes les rodean. Greuceanu se muestra como un héroe típico del cuento popular, rayano en notas casi nietzscheanas, por cuanto carece de miedo, vergüenza o pusilanimidad ante la dificultad que reviste la empresa que tiene ante sí. El arte de las transformaciones aprendido durante su convivencia con el Gran Herrero, una suerte de mago, permite al héroe sortear las amenazas que sucesivamente le presentan los dragones y salir finalmente airoso en su propósito. Asimismo, la estrategia de combate con los seres monstruosos que representan las fuerzas del mal en la narración suele ser siempre la misma, compartida con la peripecia de Práslea. Como siempre, también, las hazañas de Greuceanu liberan un mundo encantado y subyugado por los dragones, que impiden que la belleza y la justicia se desplieguen por la superficie de la tierra. La estirpe negativa de los dragones resulta sorprendente en cada una de sus metamorfosis –las peras doradas, las flores del *locus amoenus*– por la sagacidad y perspicacia del héroe, que sabe reconocer dónde se hallan el mal y el bien en cada momento. Finalmente, la máscara forjada a fuego lento por el herrero termina con la vida de la última dragona que osa disputar a Greuceanu su protagonismo en la acción y este recupera la espada que le había robado el diablo tras golpear un sólido peñasco. Durante esta lucha entre principios opuestos, llama la atención cómo las energías maléficas van siendo recicladas y transformadas por las benéficas en instrumentos útiles, como si nada en el universo pudiera quedar al margen de la jerarquía entre la virtud y el vicio.

Práslea el valiente suministra una variación de la empresa de Greuceanu, toda vez que en su trama un joven, menor de tres hermanos e hijo de un monarca débil y dubitativo, se ofrece a prestar ayuda a su padre capturando a los ladrones de las manzanas de oro que se custodian en el jardín real, lo cual lleva a cabo con denuedo y éxito. La narración recuerda a la historia del zarévich Iván y el robo de las manzanas de oro por el pájaro de fuego o al clásico jardín de las Hespérides, pero ahora son un linaje de ogros los responsables del delito. Con el fin de cumplir con su tarea, Práslea no se arredra a la hora de adentrarse en los secretos de un temible precipicio, símbolo de lo desconocido e incontrolable, donde –como ocurría con el relato anterior– libera de su cautiverio a tres hermanas procedentes de su mismo reino, da su merecido a los ogros y sufre la dolorosa traición de sus hermanos, envidiosos del éxito del benjamín. Finalmente, la disponibilidad de Práslea para hacer el bien y contraer relaciones de amistad con otros seres, también de otras especies animales, unida a su proverbial virtud, le granjean el apoyo de una poderosa águila que le permite regresar a su hogar y devolver las cosas a la norma que debería regirlas. Así, Práslea contrae matrimonio con la menor de las princesas, en consonancia con su estatuto de hermano menor y decide que sea la instancia divina –en lugar de él mismo– la que dé a sus hermanos su merecido. Todo se recompone, pues, en el reino del que el héroe es originario: del robo pasamos a la restitución y de la traición a la justicia. Resulta llamativa la ausencia de notas propiamente cristianas de los relatos que reseñamos. La presencia de lo divino es indiscutible, pero no se trata de una potencia lógica, con la que el ser humano discuta propiamente, sino de una potencia numinosa de la que cabe esperar desenlaces variados y no todos ventajosos para el individuo. Conviven, sin duda alguna, elementos míticos y paganos con los propiamente medievales en las narraciones, lo que confirma la naturaleza histórica estratificada de los materiales que los componen. La solidaridad entre las funciones desempeñadas por los personajes y sus acciones explica esta combinación de elementos originarios de momentos dispares del desarrollo del espíritu rumano.

El relato intermedio a los que acabamos de comentar posee un cariz más taciturno y melancólico, comparado con los precedentes. Recoge la historia del Príncipe Encantador, cuya obsesión con la inmortalidad le conduce al palacio de la Juventud sin Vejez y Vida sin Muerte, si bien –como una Eurídice desatenta a las indicaciones de Orfeo– su inclinación a adentrarse en el valle de las Lágrimas impide que la posesión de ese bien tan singular pueda volverse estable. Asistimos aquí a la evolución trágica de un héroe que desconoce cómo debe perseguir la felicidad, desoyendo los consejos que las dueñas del

Palacio le dedican, experimentando finalmente, cual un Edipo de la tradición oral rumana, el peso del destino que espera a quienes no son capaces de comprender que la vida eterna está conectada con la renuncia a una vida digna de ser vivida. El tono omnipresente en el relato es el de la tragedia clásica, lo que supone nuevamente una interesante mezcla de géneros en el interior de la narración, enriqueciéndola. Sin embargo, esta combinación literaria es justamente la que explica la mayor identificación que el lector experimenta con la ceguera e insensatez del personaje principal, un antihéroe en toda regla. ¿Quién no ha anhelado alguna vez lo imposible en su vida? Esa falta de pericia práctica, esto es, de prudencia en la dirección de la propia vida aproxima al Príncipe Encantador a cada uno de nosotros, haciéndolo mucho más humano que los robustos, pero menos emotivos, Greuceanu y Próslea. Esa es la virtualidad que destaca a este relato en relación con el resto, a saber, su capacidad de conmover a quien lo lee, y no solo de reflejar la ideología popular expresiva de los miedos y deseos de un pueblo. La melancolía, los anhelos y los errores del ser humano se dan cita en este triste episodio intermedio, tan pulcramente versionado en español como el resto.

Finalmente, nos gustaría poner fin a esta reseña con algunas observaciones sobre el lenguaje empleado en los relatos seleccionados, que brilla por su inmediatez y, como los propios traductores subrayan –lo señalábamos más arriba–, por su dependencia del registro oral. No en vano, nos encontramos ante piezas que priorizan por encima de todo la comunicación más directa, con el fin de sugerir sentimientos y, sobre todo, con el propósito de transmitir una ideología muy determinada. La trama se basa en distinciones simples y elementales (bien / mal; normalidad / anomalía; héroe / villano), pero que con su inflexible estructura pretenden configurar el alma del oyente y del lector, dotándole de todo un archivo de sucesos legendarios de los que poder echar mano cuando el juicio práctico los necesite. No hay abstracción en estos relatos, sino una concreción estética y práctica, pues no es la teoría, sino el juicio, la facultad que demarca el nivel discursivo en que se mueve su autor comunitario, a saber, el sentido común de un pueblo. Solo cabe felicitar a los traductores por el esfuerzo realizado con vistas a elegir las expresiones en español que mejor se ajustan a la pronta transmisión del original rumano, acercando un poco más a ambas culturas, una labor que debería ser incentivada entre nosotros, con la ayuda de instituciones del prestigio del Instituto Cultural Rumano. Ojalá que esta feliz iniciativa cuente pronto con secuelas.